

[Números](#) > [Número 08 \(junio-diciembre de 2009\)](#) >

Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, 1801

Presentación. José Antonio Conde: más que un pionero

Bernabé López García

En el interesante libro de Manuela Manzanares de Cirre *Arabistas españoles del siglo XIX* (IHAC, Madrid 1972) se valora muy positivamente la contribución de José Antonio Conde al arabismo español, al considerarlo un precursor del arabismo científico del XIX español. Junto al capítulo biográfico que le dedica, añade otro en el que expone las “críticas y polémicas sobre su obra” ya que fue denostado por autores como Reinhardt Dozy y tardó en reconocérsele los enormes aciertos que su *Historia de la dominación de los árabes en España* aportó a la historiografía de su tiempo.

Manzanares sigue de cerca para reconstruir la biografía de Conde el extenso estudio que Pedro Roca le dedicó en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* en 1903-1905, titulado “Vida y escritos de D. José Antonio Conde” [1]. Pero por las dimensiones de su obra deja fuera muchos datos de una personalidad controvertida, abierta, ilustrada, muy propia de la transición del siglo de las luces al del romanticismo.

Una personalidad ya desde su juventud, fuera de la norma, como se le describe en un informe de 1790 a raíz de una investigación abierta por la Inquisición contra su persona por unas acusaciones de blasfemia:

“De edad al parecer de unos 26 años, poco más o menos, estatura de algo menos de dos varas, color moreno, lleno de cara y redonda, cejas grandes, ojos y pelo largo, negros, trae una vida bastante estragada; no frecuente los Santos Sacramentos de Penitencia y Sagrada Comunión, sino cuando Nuestra Santa Madre Iglesia manda y esto como por fuerza; sus continuas conversaciones son respirando libertinaje, por lo que no es de extrañar profiriese las proposiciones delatadas más que por pasatiempo”[2].

Eran tiempos, sin duda, de relajación inquisitorial, por lo que no prosperó la acusación, suspendiéndose meses más tarde la causa, no impidiéndole unos años más tarde ser nombrado bibliotecario de plantilla de la Biblioteca Real en 1795.

José Antonio Conde había nacido en La Peraleja (Cuenca) el 28 de octubre de 1766. Estudió en el Seminario Conciliar de Cuenca, cursó Filosofía Moral, Instituciones Civiles y Canónicas en la Universidad de Alcalá de Henares licenciándose finalmente en Cánones en mayo de 1791 en que obtuvo también el Grado y Borla de Doctor en ambos derechos.

Como arabista, ya había firmado una cátedra de árabe en 1790 y en 1799 publicaría en la Imprenta Real la traducción y notas de la *Descripción de España* de al-Idrissi. A propuesta del académico Vicente González Arnao, fechada el 10 de diciembre de 1801, ingresaría en la Real Academia de la Historia en enero de 1802, tomando posesión como supernumerario con el discurso que se presenta en esta sección dedicada al arabismo español en la *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*.

El discurso es el anuncio de un proyecto que el aspirante a académico se encuentra realizando y que pretendía cambiar el signo de los estudios que hasta el momento se habían llevado a cabo sobre la historia árabe en la Península. Se trataba de darle la vuelta a la interpretación de los hechos históricos relacionados con los árabes en España hasta entonces vistos desde el ángulo de los “vencedores”, es decir los cristianos, mirándolos ahora desde la óptica de los “vencidos”, es decir, los árabes. Decía así Conde:

“Parece fatalidad de las antiguas memorias históricas de los hombres, que siempre se han trasladado a la posteridad, o envueltas en obscuras fabulas, o en relaciones sospechosas de interés y de parcialidad, y los mas grandes acaecimientos de los pueblos en quienes las rivalidades, el odio y enemistad mortal se terminaba con la ruina y entera asolación de sus contrarios, pasaron a los venideros siglos por las relaciones del vencedor”.

Casi literal encontraremos en el prólogo de la edición de su *Historia de la dominación de los árabes en España*, casi veinte años después, frases enteras del discurso de ingreso en la Academia. Entre tanto, José Antonio Conde hubo de vivir vicisitudes de todo género. Como dice el Marqués de Siete Iglesias en *R.A.H. Catálogo de sus individuos. Noticias sacadas de su archivo*, Madrid 1981,

“en Junta de 1808 al tratar su caso como afrancesado, por haber marchado a Bayona para reconocer a J. Bonaparte, se dividió la Academia y de 14 asistentes 7 votaron a favor de su expulsión de la Academia y otros tantos en contra de esta medida. Desempató el director, Juan Pérez Villamil suspendiéndolo en su empleo y sueldo en el Anticuario, impidiéndole asistir a las Juntas de la Academia, haciendo que su nombre no figurase en las listas que se publicaban trienalmente. La suspensión cesó por acuerdo de la Academia el 5 de abril de 1811, se ausentó inesperadamente con las tropas francesas en retirada, ausencia de la que se da cuenta en Junta de 21 de agosto de 1812. Regresa a Madrid el 26 de febrero de 1813. Se le da de baja en Junta de 23 de diciembre de 1814 por estar incurso en decreto de 30 de mayo de 1814. Readmitido en 1819”.

En el expediente de Conde en la Academia de la Historia [3] aparece el expediente de suspensión formado a propuesta de Antonio Capmany contra Vicente González Arnao, José Antonio Conde, Antonio R. Romanillos y Juan Antonio Llorente en agosto de 1808 a raíz del Congreso de Bayona, expediente que fue revocado en marzo de 1811, autorizándoseles de nuevo acudir a las Juntas. De 29 de este mes consta en dicho expediente la carta de Conde a Joaquín Juan de Flores en la que refiere haber recibido autorización para acudir a las Juntas y continuar en el desempeño del oficio de Anticuario de la Academia, y en la que hace

“presente a la misma que no habiendo nunca dado motivo para el procedimiento que conmigo se ha usado, espero que la Academia declare con la misma formalidad, que no hubo razón alguna para dicho procedimiento: pues no me permite mi modo de pensar el concurrir a sus Juntas como deseo, y contribuir a sus trabajos literarios sin esta especie de satisfacción”.

En el margen del documento aparece una nota en la que se dice que “los Señores Marina y Llorente instruyan de palabra al Sr. Conde de los designios e ideas de la Academia para que deponga todo escrúpulo”.

Pero no duró demasiado su rehabilitación. Como refiere el Marqués de Siete Iglesias, de nuevo se vio complicado en los negocios de José Bonaparte, del que parece fue intérprete y marchó de Madrid residiendo un tiempo en París, según se refiere en una carta de Silvestre de Sacy de que dará cuenta más tarde Pascual de Gayangos. Este carácter de

afrancesado le obligará a vivir alejado a más de veinte leguas de la Corte.

Será en estos años difíciles de exilios en los que culminará su *Historia de la dominación de los árabes en España*. Sin embargo va a tardar en publicarla por razones diversas e incluso no podrá verla editada por morir en 1820 poco antes de su publicación. En la correspondencia que mantendrá con quien fue su mejor amigo, el también afrancesado Leandro Fernández de Moratín, compañero de correrías en estos años de la guerra de independencia, bromeará este con que el destino de su obra sería traducirla “en gabacho”. Publicada en francés la *Historia moriega* –como la denomina Moratín– “correría toda Europa y se despacharía prontísimamente; pero en español, se queda en España y dentro de 40 años habrá Ud. salido de su mercancía: mientras el historiador arábigo y manchego se esté consumiendo de envidia, atrincherado entre los paquetes de su obra, el traductor francés se estará regodeando en París, con el rédito inocente que le producen” [4].

[1] Volumen VIII (1903), pp. 378-394 y 469-479; Vol. IX (1903), pp. 279-291 y 338-354; Vol. X (1904), pp. 27-42; y Vol. XII (1905), pp. 139-148.

[2] Citado en P. Roca, *Ob. Cit.*, Vol. VIII (1903), pp. 381.

[3] Legajo 94, Carpeta 28, sección 11-F.

[4] Citado en P. Roca, *Ob. Cit.*, Vol. IX (1903), pp. 282.

Discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, 1801

Señores,

apenas hallo expresiones que manifiesten como yo quisiera mi íntimo agradecimiento al apreciable honor con que esta Ilustre Sociedad se ha dignado a dirigirme: y en verdad considerado mi corto mérito, resulta incomparable la generosidad de la Academia para conmigo; y si en la ocasión la felicidad, que suele acompañar a las buenas intenciones no me desampara, mi ánimo agradecido dará la oportunidad manifiestas pruebas de su perfecto reconocimiento, de su adherencia a los dictámenes de este sabio cuerpo, y de su pronta voluntad a contribuir a sus doctos trabajos quanto mis fuerzas alcanzaron, que sun duda quedarán muy distantes de mis deseos. Ni puede seguir otro partido quien ama su patria y se interesa en las verdaderas glorias de su nación.

Animados de este mismo espíritu, y movidos de tan precioso zelo los ilustres miembros de este distinguido cuerpo, se ocupan en ilustrar nuestra historia, desechar las fabulas y vulgaridades que la contaminan, aparar y distinguir los acaecimientos y la épocas, averiguar las cosas dudosas o mal entendidas, trabajo importantísimo y al mismo tiempo difícil y complicado, que requiere la más sabia crítica y todos los recursos de la erudición universal. Parece fatalidad de las antiguas memorias históricas de los hombres, que siempre se han trasladado a la posteridad, o envueltas en obscuras fabulas, o en relaciones sospechosas de interes y de parcialidad, y los mas grandes acaecimientos de los pueblos en quienes las rivalidades, el odio y enemistad mortal se terminaba con la ruina y entera asolación de sus contrarios, pasaron a los venideros siglos por las relaciones del vencedor: Esta ha sido por lo común las suerte de los más grandes y famosos pueblos. Los fenices, que cubrian el mar consus flotas y embiaran colonias a las mas apartadas regiones de la tierra. ¿que nos ha conservado la historia de sus conocimientos y memorias literarias, de su moral y de su política? el nombre, la fama sola y desfigurada en onfinitas fabulas. Los Griegos, émulos de la sabiduria y desfigurada de todas las naciones, son los que nos refieren sus propias

virtudes y sus grandes acciones contra los pueblos, que su vanidad llamaba barbaros. ¿Que sabriamos del pueblo Ebreo por las relaciones griegas y romanas, si sus propios escritos se hubiesen perdido? poco mas que su existencia. De los Romanos es la historia de sus grandezas, los Griegos, que de ellas escribieron, debian á Roma su existencia y sus adulaciones. Que ha de ser a nuestros ojos Escipion, si su retrato es de las manos de Polybio su sequaz y admirador apasionado? Que grande comparece Anibal aún en las envidiosas relaciones de sus mortales enemigos: si el implacable odio Romano no hubiera arrasado las memorias púnicas no seria Anibal tan barbaro, tan cruel é inhumano como le presenta Libio. ¿Por fortuna nuestros escritores están libres de este defecto? Nuestro célebre Cid Ruy Diaz en las memorias de los Arabes, no es tan humano ni tan justo como se presentan nuestras Cronicas; en estas generoso vencedor, amable y caritativo acoge al leproso, en aquellas perfido y cruel abrasa vivo al rendido Alcaide, atropellando los mas sagrados pactos. Este defecto, que ofende la verdad e integridad de la historia, detestado en el orden judicial de todos los pueblos, es el que con prudente critica pretende remediar este sabio cuerpo, tratando de perfeccionar nuestra historia se vale de los eruditos trabajos y doctas averiguaciones de sus individuos, consultando y confirmando las antiguas relaciones de los dos partidos con la libertad e imparcialidad que la averiguacion de la verdad histórica requiere. Quando esta sabia Academia aprovecha todos los recursos, que nos ha dexado el tiempo consumidor de todas las cosas, y la Diligencia de los hombres curiosos que cuidaron de trasladar a la posteridad los acontecimientos notables de su tiempo, no se contenta con el testimonio domestico de nuestros Escritores, ni se persuade que la verdad histórica de las rivalidades sangrientas de nuestros antepasados con los moros, se halla unicamente en nuestros antiguos cronicones, y asi consulta con prudencia las memorias de los Arabes y recoge de los Archivos y Bibliotecas los cortos restos de ellas, que han podido libertarse de la fatal persecucion que suscitó el odio y la ignorancia e indiscreto zelo de nuestros mayores. Aunque la erudicion y conocimiento de esta lengua, lleva ya mas de dos siglos en Europa; hasta ahora muy pocas ventajas han resultado a nuestra historia; los mas celebres de nuestros historiadores no han podido valerse de este auxilio; y los Estrangeros tampoco han adelantado noticias que nos pertenezcan. El celebre Erpenio hizo los mayores servicios en esta Literatura, y dió a conocer a Europa los preciosos e inmensos tesoros de la erudicion oriental; nos presentó los Anales de Tabari abreviados por Emacin que llegan hasta los Alabeques; pero que apenas salen de los sucesos de oriente y de referir las intrigas Patriarcales de los Melkitas y Nestorianos: Pockok, á instancias del doctismo Seldeno, nos dió los Anales de Ben Batrik, o Eutykes, que entre infinitas fábulas apenas menciona los mas importnates sucesos, la compendiosa historia de las Dinastias Musulmanas, los anales de Abulfeda el el Cartax y otros eruditos y trabajos de Reiske Set y van Dombay no pertenecen a nuestra historia, y mas preciosas luces han difundido en ella los cortos fragmentos traducidos por Casiry, y mas copiosas las esperamos si por fortuna conseguimos la historia de España de Abu Marun de Cordoba, la de Said Ben-Junes, y la del célebre Almocry Almagreby. Feliz y si puedo contribuir a los deseos de esta Ilustre Academia.

Jose Ant. Conde

Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos ISSN 1887-4460